

POPULISMO Y RADICALISMO POLÍTICO DURANTE EL GOBIERNO DE LA UNIDAD POPULAR

Carlos Cousiño Valdés

Carlos Cousiño reflexiona en este ensayo sobre el derrotero seguido por el gobierno de Salvador Allende, a la luz de la profunda escisión entre su real legitimidad populista y la comprensión revolucionaria que tenían de esa legitimidad las élites de la dirigencia política. En particular, subraya el papel desempeñado por la joven intelectualidad de izquierda, que empuja hacia posiciones revolucionarias cada vez más radicales. Ya a mediados de 1972, el populismo cede a la revolución. Este camino, que respalda la afirmación de los jóvenes miristas de que había guerra y de que ella habría de culminar con la victoria de alguno de los campos enfrentados, a juicio del autor sella el destino del país, obligándolo a mirar su rostro más severo.

Así como en la vida de una persona, también en la historia de las sociedades el tiempo cancela las posibilidades. Por eso resulta hoy posible referirse al período de la Unidad Popular, porque el paso del tiempo ha clausurado las posibilidades de ese proyecto, reduciéndolo a un breve período de nuestra historia contemporánea.

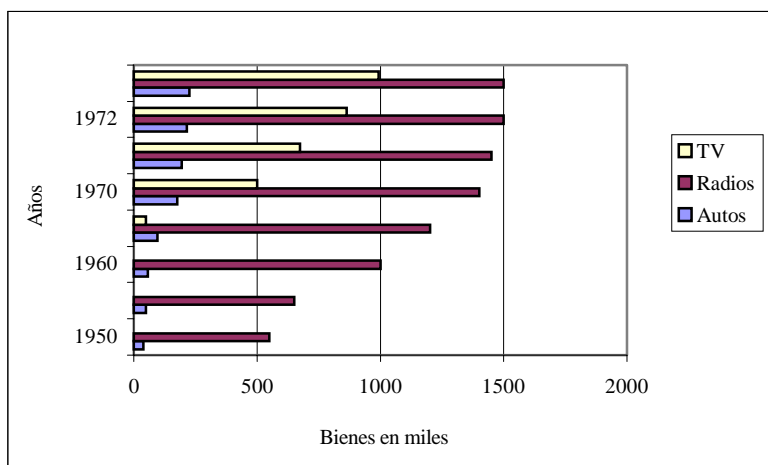
El mundo en que vivimos se caracteriza por una vertiginosa aceleración del tiempo. No es que los días o los años pasen más rápido; es sólo que pasan muchas más cosas que antes en esos días o años. Y así como se acorta el tiempo de los acontecimientos históricos, se alarga el tiempo de la biografía personal. Asistimos así cada vez con más frecuencia al hecho de que los períodos históricos se gestan, desarrollan y clausuran antes de que se agote el tiempo de una biografía personal. En tal sentido ocurre la paradoja de que estamos lejos históricamente de aquello que está cerca biográficamente.

Han transcurrido sólo treinta años desde que Salvador Allende alcanzó la Presidencia de Chile. Cuando la mirada se vuelve hacia ese entonces, cuesta enormemente pensar que sólo nos separa de esa época el fugaz tiempo de una generación. Pero así como a los chilenos del 2000 la sociedad de 1970 nos parece irreconocible, del mismo modo a quienes desde 1970 miraban veinte años atrás a 1950 también esa sociedad les parecía enormemente lejana. Y es que en el período que va desde 1950 a 1970 se dio en Chile el paso desde una sociedad rural hacia una urbana. No poco menos fue lo que sucedió entre 1970 y nuestros días, lapso en el que se dio el paso desde una sociedad simple a una compleja. Y si bien no es pensable que este tipo de procesos de transición tengan lugar exentos de problemas, en el caso de Chile ellos han llegado a tener rasgos traumáticos, al punto que han acercado nuestra indagación del pasado reciente más a la perspectiva de un sicoanalista que a la de un historiador.

Si miramos medio siglo atrás, son numerosos los hechos que nos llaman la atención. Desde nuestra actual saturación mediática llama la atención que la década del cincuenta sólo conociera un gran medio de comunicación: la radio. Mientras en EE.UU. un 75% de los hogares contaba con televisión en 1955, y en Argentina esa misma cobertura se alcanzaba en 1970, nuestro país tendría que esperar hasta el mundial de fútbol de 1962 para que esa tecnología de comunicación se comenzara a introducir. Aun en 1970 en todo Chile apenas se contaban 500.000 aparatos de televisión, lo que equivalía a un 25% de los hogares. Recién en 1973 la cifra sube a un millón de televisores, con lo cual apenas se cubre el 50% de los hogares.

En el año 1950 prácticamente no circulaban automóviles por Santiago. En todo Chile el parque automotor apenas alcanzaba a los 40.000 vehículos. A pesar de un fuerte incremento en las décadas siguientes, en 1960 el número de automóviles aún no llegaba a los 60.000 en todo el país. En 1970 el número de vehículos particulares llega a 176.000 y recién en 1973 ese número supera las 200.000 unidades. Es decir en 1973 recién 1 de cada 10 hogares cuenta con automóvil. Por ese mismo entonces el 50% de los hogares argentinos cuenta con un automóvil, lo que forma un parque automotor en ese país de dos millones de unidades. Diez veces más que en Chile, para una población que es poco más del doble que la chilena hacia la misma época. En EE.UU. el 75% de los hogares contaban con automóvil ya en 1960.

FIGURA N° 1: DISPONIBILIDAD BIENES MODERNOS



Mirado desde nuestros días, el Santiago de 1950 era poco más que un pueblo grande. La ciudad contaba en ese entonces con 655.000 habitantes. Diez años después su población se había duplicado y ya en 1970 tenía más de tres millones de habitantes. Es este el fenómeno más relevante de la época. Nada parecía poder contener la marea migratoria hacia Santiago, ni siquiera la reforma agraria puesta en marcha tímidamente por Alessandri y acelerada durante el gobierno de Frei Montalva. No es difícil comprender lo que pasa con las ciudades cuando su población se quintuplica en veinte años, o cuando se triplica en diez, como pasó en Santiago entre 1960 y 1970. Lo que básicamente ocurre es que las condiciones de

vida se hacen paupérrimas. No hay viviendas, ni menos servicios básicos como agua potable, alcantarillado y energía eléctrica. Predominan condiciones de hacinamiento, no existen suficientes fuentes laborales, tampoco la infraestructura educacional puede absorber a todos los jóvenes, mientras que la atención de salud también colapsa. Esto ocurre en Santiago en esos tiempos, constituyéndola en una ciudad llena de poblaciones “callampas”, que surgen de la noche a la mañana en los potreros vacíos. Lo otro que cambia son los números. Los espacios comienzan a saturarse de gente. Aparece ese fenómeno del que tanto se comienza a oír en el discurso de la izquierda política chilena: las “masas populares”. En el Santiago de los sesenta y setenta ello es real, aunque ciertamente no lo es la forma en que la izquierda entiende a esas masas.

FIGURA N° 2: DISTRIBUCIÓN POBLACIÓN 1950

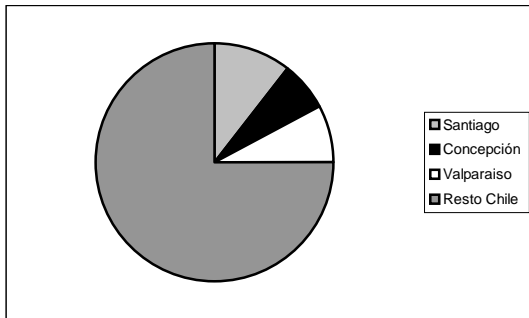


FIGURA N° 3: DISTRIBUCIÓN POBLACIÓN 1960

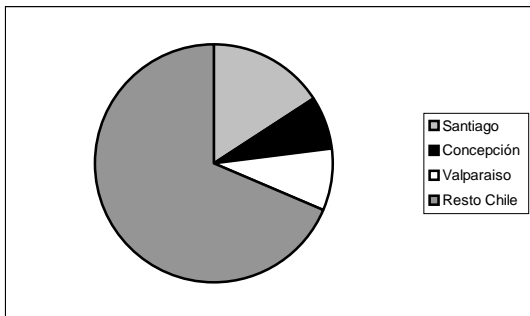
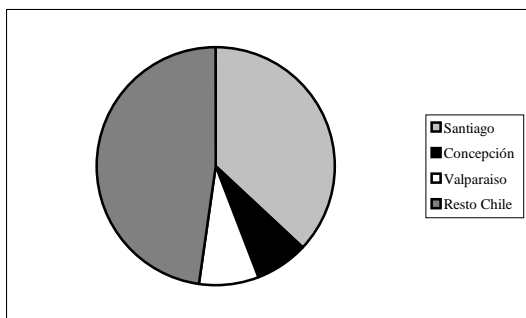


FIGURA N° 4: DISTRIBUCIÓN POBLACIÓN 1970



La explosión demográfica que se produce en Chile y América Latina desde 1950 determina otra característica relevante de la estructura poblacional del país: el fuerte predominio de los jóvenes. La información censal nos indica que el porcentaje de población entre 0-29 años se situaba sobre el 60% desde 1950 hasta 1970 en que alcanza su máximo de 65,2%, para luego comenzar a descender y llegar en el censo de 1992 a un 56,7%. Los grandes números de población joven plantean principalmente un desafío para el sistema educacional de una sociedad. De hecho ello venía siendo materia de preocupación principal desde los 40 y durante el período de Frei Montalva se había realizado una reforma educacional orientada a dar mejor y mayor cobertura a la enseñanza básica. El problema se encontraba en la educación secundaria, o media como se llamaría desde la segunda mitad de 1960. En 1952 sólo un 16,4% de la población entre 15-19 años se encontraba matriculado en la enseñanza secundaria. En 1960 ese porcentaje había subido significativamente a un 31%, y en 1970 alcanzaba a un 34%, si bien hay que considerar que los años de enseñanza media eran ahora sólo cuatro. Donde sí se aprecia una transformación gigantesca durante el período de 1950 a 1970 es en el área de la educación superior. Los estudiantes universitarios chilenos se contaban en número de 11.000 en el año 1950. El año 1960 ese número había crecido a 25.000 y ya en 1970 alcanzaba a 78.000. Es decir la matrícula universitaria había aumentado en siete veces en 20 años. En 1975 el número de estudiantes

universitarios era de 147.000. Éste es un desarrollo sobre el cual bien vale detenerse a reflexionar. Lo haremos, eso sí, un poco más adelante¹.

El carácter populista del primer año de la Unidad Popular

La respuesta típicamente latinoamericana a los trastornos provocados por los rápidos y devastadores procesos de crecimiento demográfico acompañados de masiva emigración hacia las ciudades capitales fue el populismo. En tal sentido, el populismo fue la respuesta política frente a la aparición de las masas populares urbanas. El Brasil de Vargas y Goulart reaccionó frente a los fenómenos de Rio de Janeiro y Sao Paulo. La Argentina de Perón frente al explosivo crecimiento de Buenos Aires. Más tarde lo fue el Perú de Alan García cuando Lima se ve desbordada por la migración. El populismo va siempre asociado al nombre de los caudillos que pueden recomponer un vínculo de lealtad personal hacia él por parte de masas urbanas que se han visto desposeídas de ese tipo de vínculos al abandonar el espacio rural para situarse en la anonimidad de la ciudad.

En lo fundamental lo que caracteriza al populismo es el exceso. El exceso de palabras y el exceso de gasto. En tal sentido es una experiencia constituida enteramente en el espacio de un quehacer político fundado en la retórica, la cual presenta en lo fundamental una fuerte orientación anti-oligárquica acompañada de gran virulencia. Como es propio y tradicional en nuestra cultura, la palabra por sí sola no es capaz de transformarse en un principio de legitimidad política, menos aun si lo que se busca es una lealtad personal al caudillo. Como está sobradamente comprobado, la lealtad se funda en un principio de reciprocidad que presupone el regalo y el don. Nada hay que vincule más fuertemente que el don recibido. De esta necesidad de dar para sostener el vínculo de lealtad política se siguen dos características centrales del populismo: su propensión a expandir el gasto público y su tendencia a la corrupción política.

El populismo se caracteriza por un total desinterés por la economía, o al menos por su dimensión monetaria. Si la economía ha de tener alguna relevancia, entonces la tendrá por su relación subordinada a la política. Fue Hernando de Soto, en su libro *El Otro Sendero* sobre el Perú de Alan García, el que reacuñó acertadamente el término “mercantilismo” para referirse a la forma en que los regímenes populistas conciben la economía. La preocupación económica básica del populismo consiste en expandir la

¹ La totalidad de los datos expuestos fueron obtenidos de Brian R. Mitchell, *International Historical Statistics*, tomo *The Americas 1750-1993* (1998).

demanda de las masas populares sobre las que funda su apoyo político. Para ello recurre de manera prioritaria al gasto público, sin atención alguna a las consecuencias que sobre la economía tiene la emisión incontrolada de dinero. Sea cuanto fuere lo que logre mantenerse en el poder, el populismo termina siempre sus días sumido en una crisis inflacionaria de grandes magnitudes que requiere de fuertes procesos de ajuste económico, por lo general llevados a cabo por gobiernos militares.

La gran experiencia populista que conoce Chile fue la encabezada por Allende durante los tres años que duró el gobierno de la Unidad Popular. Y si algún error grave cometió Allende y la izquierda chilena fue precisamente no darse cuenta del fundamento populista de su legitimidad y haber creído que encabezaban un proceso revolucionario que conduciría a nuestra sociedad a la tierra prometida del socialismo. La fatalidad del gobierno de la Unidad Popular fue no entender al pueblo que representaban, fue haberse autoconvencido, cegado por los excesos ideológicos, de que conducían masas con conciencia revolucionaria de clase y no masas urbanas desamparadas que buscaban mejorar sus míseras condiciones de vida.

El Centro de Estudios Públicos ha editado recientemente una monumental obra documental realizada por Víctor Farías en la que se reúnen más de 6.000 páginas de discursos, documentos de análisis político y económico, informes y otras fuentes provenientes de los actores más relevantes de la izquierda chilena durante el gobierno de la Unidad Popular. La obra constituye un aporte de incuestionable valor para comprender esta profunda escisión entre la real legitimidad populista que disfrutaba el gobierno de Salvador Allende entre las masas populares, y la comprensión revolucionaria que tenían de esa legitimidad las elites de la dirigencia política.

La política económica seguida por la Unidad Popular durante su primer año de gobierno se insertó completamente dentro de los marcos del populismo. Allende sabía que su base de sustentación política era débil. Había llegado al gobierno con el apoyo de poco más de un tercio del electorado. Una política económica expansiva constituía un arma políticamente rendidora, y hacia ello vuelca sus esfuerzos. En lo medular se trató de una política que pretendió traspasar al Estado el control hegemónico sobre el aparato productivo y crediticio. Para ello se contempló la nacionalización de la minería, la intervención o requisición de los “monopolios” productivos nacionales y el control de la banca privada. El control sobre la política monetaria que permitía un banco central dependiente del gobierno, así como la dirección estatal de las grandes empresas y de la banca, constituían la base que permitió una fuerte expansión de la demanda,

generando durante 1971 una sensación general de bonanza. El desempleo disminuyó a un 3,8%, el PGB creció en un 8% y el consumo por habitante aun más, alcanzando un 11% respecto de 1970. A pesar de que la inflación se mantuvo bajo control, se sabía que una política monetaria expansiva no tardaría en provocar serios desequilibrios.

Es necesario mencionar aquí los dos grandes equívocos de los conductores de la economía. El primero de ellos fue el enfoque keynesiano que descansaba en la idea de que una expansión de la demanda pondría en movimiento la capacidad ociosa de la economía, creando un círculo virtuoso de crecimiento. Sin embargo, la economía chilena distaba mucho de ser una economía industrial deprimida. Estaba algo deprimida, sí. Pero estaba lejos de ser industrial. Lo que fue virtuoso en EE.UU. después de la crisis de 1929 en virtud del potencial industrial acumulado e inmovilizado, sólo produjo un “veranito de San Juan” en una economía simple como la chilena. En Chile no bastaba con “ganar la batalla de la producción”, primero era necesario ganar la batalla de la capitalización.

El segundo gran equívoco está referido a la apropiación de los excedentes del comercio exterior. El populismo de Cárdenas en México pudo sostenerse sobre los enormes excedentes que dejó la nacionalización del petróleo mexicano, así como el populismo de Perón pudo apoyarse en los ingresos de la producción exportadora agropecuaria argentina. Chile era, sin embargo, un modesto exportador de cobre y la depresión de su precio internacional impidió que el gobierno de Allende, aun habiendo nacionalizado la minería del cobre, pudiese contar con grandes excedentes por ese concepto.

Estos dos grandes errores de evaluación hicieron que la expansión de la demanda no pudiese ser sostenida ni por el aparato productivo ni por el comercio exterior, determinando así la extraordinaria brevedad de la bonanza que vivió Chile.

El populismo económico, extremado por un lenguaje ideológico de transformación revolucionaria de la sociedad, no tardó en levantar sospechas respecto del apego al Estado de Derecho que mantendría la Unidad Popular. Para muestra un botón: la forma en la cual el gobierno pretendía compensar las expropiaciones. En el caso de las mineras norteamericanas, la fórmula empleada, que consistía en descontarles utilidades excesivas desde 1955, hacía afirmar al presidente de la CUT, en su informe a los trabajadores respecto de esta materia: “En resumen, por Chuqui, El Salvador y El Teniente no debemos nada, son los norteamericanos los que nos deben por estos tres minerales aproximadamente 388 millones de dólares. Por la Exótica y la Andina pagaremos alrededor de 19 millones de dóla-

res”². Una lógica similar se aplicaba en los procesos de expropiación de tierras, donde al final resultaba que los expropiados terminaban por aparecer como deudores de quienes los expropiaban. En lo que respecta a los monopolios nacionales, el gobierno buscaba fundamento para su requisición en las “vías legales para avanzar al socialismo” de Eduardo Novoa. Esas vías consistían en la aplicación de ciertos decretos leyes nunca derogados que fueron promulgados por la República Socialista en agosto de 1932.

Hacia fines de 1971 se insinuaban ya factores que auguraban los conflictos de 1972. Al menos resultaba previsible la inflación y escasez que provocaría la fuerte expansión de la demanda, así como las tensiones institucionales y la presión internacional (al menos norteamericana) que provocaría el paso hacia la estatización de la economía.

Cabe mencionar aquí otro hecho cuya relevancia quizás ha pasado un tanto inadvertida. Hacia fines de 1971 se verifica la extensa visita que Fidel Castro realiza a Chile. Ella tiene un significado especialmente relevante en lo que refiere a la radicalización política de un importante sector de la izquierda: la juventud universitaria.

El radicalismo político de la juventud

Lenin había escrito que el izquierdismo constituía una enfermedad infantil. La verdad es que constituye una enfermedad juvenil.

Ya tuvimos oportunidad de referirnos al enorme porcentaje de jóvenes que había en Chile durante la década de los setenta. Éste no es un dato irrelevante, sino que tiene importantes consecuencias. Respecto de la relevancia sociológica de la población joven para los efectos que nos interesan, ha escrito Samuel Huntington:

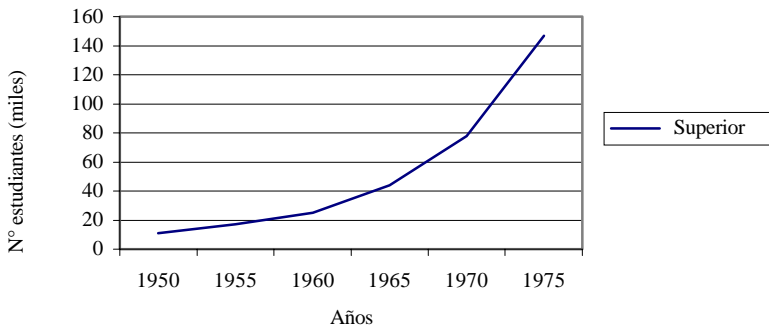
En primer lugar, los jóvenes son los protagonistas de las protestas, las reformas y las revoluciones. Históricamente, la existencia de gran número de jóvenes ha tendido a coincidir con tales movimientos. “La Reforma Protestante”, se ha dicho, “es un ejemplo de uno de los movimientos juveniles destacados de la historia”. El crecimiento demográfico, ha sostenido de forma persuasiva Jack Goldstone, fue un factor fundamental en las dos olas revolucionarias que se dieron en Eurasia a mediados del siglo XVII y a finales del XVIII. Una expansión notable de la proporción de jóvenes en los países occidentales coincidió con la “era de la revolución democrática” en las últimas décadas del siglo XVIII. En el siglo XIX, la

² Víctor Farías, *La Izquierda Chilena, 1969-1973: Documentos para el Estudio de su Línea Estratégica* (2000), p. 1559.

industrialización con éxito y la emigración redujeron la repercusión política de las poblaciones jóvenes en las sociedades europeas. Sin embargo, los porcentajes de jóvenes aumentaron de nuevo en los años veinte del siglo XX, proporcionando adeptos a movimientos fascistas y extremistas de otro tipo. Cuatro décadas más tarde, la generación de la explosión demográfica que siguió a la segunda guerra mundial se significó políticamente en las manifestaciones y protestas de los años sesenta³.

Lo que nos informa la cita anterior es que el predominio amplio de la población joven en la pirámide poblacional tiene consecuencias de radicalización política cuando la economía no logra incorporar a los jóvenes en actividades laborales. Más aún, sin riesgo de equivocarnos, podemos afirmar que esa radicalización se ve potenciada cuando esa población juvenil se ubica en el espacio de una institución universitaria incipiente pero masiva.

FIGURA N° 5: EVOLUCIÓN MATRÍCULA UNIVERSITARIA



Si recordamos los datos expuestos anteriormente, podemos ver que la matrícula universitaria se triplica en Chile desde 1960 a 1970, y se vuelve a duplicar entre esa última fecha y 1975. La pregunta evidente que suscitan estas cifras es respecto a la capacidad del sistema universitario para proveer de profesores a esta avalancha de alumnos. La respuesta es clara: los mismos jóvenes, una vez terminados sus estudios de licenciatura, se transforman en profesores de alumnos escasamente menores que ellos. En tal sentido, la expansión de la matrícula universitaria no se dio

³ Samuel Huntington, *El Choque de las Civilizaciones* (1979), p. 139.

en el contexto de una maduración de la institución universitaria. Los miles de alumnos que se incorporaban a la universidad no encontraban en ella profesores profesionales, sino improvisados instructores sólo marginalmente mayores a ellos.

Los jóvenes intelectuales no sólo tienen una mayor propensión a dejarse cautivar por discursos ideológicos que los adultos involucrados en las responsabilidades propias del paso de los años, sino que tienen una gran facilidad para legitimar la violencia como curso de acción política. Ello, ciertamente, no es algo sólo propio del Chile de los setenta, donde las jóvenes figuras del “Che” o de, incluso, un sacerdote como Camilo Torres, encendían la imaginación revolucionaria de los jóvenes. Actualmente vemos cómo estas tendencias se dan en el radicalismo islámico. El mismo autor antes citado se refiere a ello en los siguientes términos:

Como ocurre con la mayoría de los movimientos revolucionarios, el elemento central lo han constituido estudiantes e intelectuales. [...] Un estudio sobre los líderes radicales de los grupos islamistas egipcios descubrió que estos poseían cinco características principales, que parecían ser típicas de los islamistas en otros países. Eran jóvenes, la mayor parte entre los veinte y los cuarenta años. El 80% eran estudiantes universitarios o licenciados. Más de la mitad procedía de facultades de elite o de campos de especialización técnica muy exigentes intelectualmente, como la medicina y la ingeniería. Más del 70% provenían de la clase media baja, “de orígenes modestos, pero no pobres”, y eran la primera generación de su familia que recibía educación superior. Pasaron su infancia en ciudades pequeñas o zonas rurales, pero habían pasado a residir en grandes ciudades⁴.

El cuadro no parece muy distinto al que prevalecía en Chile hacia 1973. Pero no sólo en Chile, sino en gran parte de América Latina según atestiguan los datos de crecimiento de la matrícula universitaria en el continente.

El 18 de noviembre de 1971, Nelson Gutiérrez recibe en la Universidad de Concepción a Fidel Castro con las siguientes palabras: “Comandante, éste es un país en guerra. Un país partido por una guerra de clases, encubierta a veces, abierta otras, que no podrá terminar sino con la victoria o la derrota de uno de los grandes campos en pugna”⁵. La visita de Castro se transformó en un fuerte incentivo para la radicalización política del estudiantado de izquierda, no sólo en la Universidad de Concepción.

⁴ *Ibidem*, p. 134.

⁵ Víctor Farías, *La Izquierda Chilena...* (2000), p. 1304.

Así como la legitimidad del gobierno de Allende descansaba, para los sectores populares, básicamente en un fundamento populista, es decir, en un incremento de su capacidad de consumo; para los intelectuales y la juventud este fundamento se sostenía sobre la promesa de una revolución radical del orden imperante y la instauración de un Estado revolucionario o “dictadura del proletariado”. En el transcurso del año 1972 lentamente fue mermando la legitimidad populista para dar lugar, de manera cada vez más preeminente, a la legitimidad revolucionaria. A ello contribuyeron factores objetivos.

Durante el primer semestre de 1972 ya comenzaron a manifestarse en la economía las predecibles consecuencias de la fuerte expansión del gasto y de la demanda que tuvieron lugar durante 1971. Ya en agosto fue necesario realizar reajustes entre un 30% y un 200% en los precios que se mantenían fijos, con el fin de mantener la solvencia de las empresas. Este primer reajuste de precios iniciaba una espiral inflacionaria que superaría el 250% en 1972 y el 600% en 1973⁶. Por otra parte, ya se comenzaban a evidenciar claros problemas de abastecimiento y el surgimiento de un importante mercado negro de bienes de consumo básico. Es evidente que cualquier legitimidad populista se ve afectada por esta situación. La escasez y la inflación son las dos bestias negras del populismo, y lo son porque ambas socavan de manera dramática la capacidad adquisitiva de los sectores populares.

Junto con los primeros síntomas visibles de la crisis económica comienza a enrarecerse el clima político. Lo que lleva a esto es precisamente una intensificación de la identidad y propósito revolucionarios del gobierno. Ello comienza a afectar a aquellos sectores de pequeños y medianos propietarios que se sienten amenazados por la agudización de tomas y conflictos laborales cuyo propósito no es otro que traspasar las empresas afectadas al área de propiedad social; por la amenaza de requisición de la propiedad de los opositores (principalmente de los transportistas), así como por el intento de implementar un sistema de distribución estatal de bienes sobre la base de libretas de abastecimiento, tal como se estilaba en las sociedades bajo el dominio soviético.

En este clima de crisis económica y creciente conflictividad social, son los sectores de la joven intelectualidad de izquierda los que profitan de la situación empujando al gobierno de la Unidad Popular hacia posiciones cada vez más radicales. Ya no es un documento del MIR, sino uno del MAPU, el que plantea:

⁶ CIEPLAN, *Resultados Económicos 1958-1989*; INE y Banco Central, citados en Enrique Cañas, *Proceso Político en Chile: 1973-1990* (1997), p. 85.

El Gobierno no se ha detenido, sin embargo, y está dispuesto a seguir adelante. Pero para hacerlo necesita corregir algunos graves errores. El principal de éstos tiene que ver con su estilo político que no toma en cuenta suficientemente a las masas y su potencial inmenso de combate. Se confunde el respeto a la legalidad con el legalismo, la necesidad de eficiencia con el burocratismo y la mantención del orden con el inmovilismo del pueblo. De esta manera se desarrolla una acción que aunque es profundamente revolucionaria en sus objetivos, es burguesa en su estilo de aplicación, en la medida que no abre canales para que la clase obrera ejerza su hegemonía y las masas en general su presencia vigilante y creadora⁷.

De más está decir que el Mapu no era exactamente un partido de masas, sino más bien un partido de jóvenes intelectuales. Este partido, junto a la Izquierda Cristiana y al PS, dentro de la UP, junto al MIR y al izquierdismo extra UP, se sitúan desde mediados de 1972 en posiciones de avanzada revolucionaria, aislando o neutralizando los rumbos populistas ya desencantados, o el gradualismo propiciado por el PC.

A mediados de 1972 llega la hora en que las demandas del extremismo político juvenil desplazan a las demandas reivindicativas de las masas populares, demandas, estas últimas, que el aparato productivo y distributivo de la sociedad ya escasamente pueden satisfacer. Con ello la suerte estaba echada: el populismo cedía frente a la revolución. Seguir este último camino, sin embargo, sólo conducía a respaldar la afirmación de los jóvenes miristas de que había guerra y de que ella había de culminar con la victoria de alguno de los campos enfrentados.

La historia de Chile durante el año 1973 no es sino el lamentable camino al colapso de la economía, de la política y del equilibrio social. En el período que va desde septiembre de 1972 a septiembre de 1973 la inflación llegó a un 276%. El sistema político alcanzó niveles altísimos de polarización, los que se expresaron en las agudas tensiones entre los distintos poderes del Estado. Creció la conflictividad laboral a niveles insospechados, así como las dificultades para mantener el orden interno. En pocas palabras, se irguió sobre Chile un destino conocido por tantos países latinoamericanos: un golpe militar.

Cuando se mira en retrospectiva este período que nos es cercano biográficamente, pero lejano históricamente, no podemos sino detenernos a meditar sobre la falta que le hizo a nuestro país la figura de un gran estadista, de un gran político capaz de doblarle la mano a lo que se perfilaba como un ineludible destino trágico. Chile no tuvo a ese hombre.

⁷ Víctor Farías, *La Izquierda Chilena...* (2000), p. 2537.

Desde la izquierda, el centro y la derecha se intenta recomponer actualmente la imagen de figuras históricas febles, de hombres que sólo fueron peones de la historia, pero que carecieron de la profundidad política necesaria para moldear la historia, para cambiar su rumbo y alterar un destino fatal. Chile hubo de sucumbir a la misma fatalidad de Argentina y Uruguay, sociedades que enfrentaban un cuadro similar al nuestro en términos de demandas populistas insatisfechas y radicalismo político juvenil. Brasil se anticipó a controlar el populismo antes de que se radicalizara la juventud, con lo cual el golpe que derrocó a Goulart no cayó en los dramas de la guerra sucia. En Perú el populismo se desató demasiado tarde, cuando ya la juventud radical había pasado a la forma del extremismo armado de "Sendero Luminoso". Las víctimas que allí hubo que lamentar hacen palidecer a cualquiera de los otros procesos.

Ni Allende, ni Pinochet, ni Frei, ni Alessandri, ni ningún otro pudo torcer el trágico destino que se cernía sobre Chile en 1973. Los monumentos de tres de ellos se alzan actualmente en torno a La Moneda, probablemente el cuarto le seguirá dentro de un tiempo. Son ellos un mudo testimonio de que la historia iguala a muchos y enaltece en la memoria de los pueblos sólo a unos muy pocos. Precisamente a aquellos que tuercen los destinos y moldean la historia. No hubo de esos hombres en los años en los que más los necesitamos. Tuvimos, por ende, que mirar el rostro más severo del destino.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Cañas, Enrique. *Proceso Político en Chile: 1973-1990*. Santiago: Edit. Andrés Bello, 1997.
- Farías, Víctor. *La Izquierda Chilena, 1969-1973: Documentos para el Estudio de su Línea Estratégica*. Santiago: Centro de Estudios Públicos (CEP), 2000.
- Huntington, Samuel. *El Choque de las Civilizaciones*. Paidós, 1997.
- Mitchell, Brian R. *International Historical Statistics*. Tomo *The Americas 1750-1993*. Nueva York: Stockton Press, 1998. □